



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



21 de junio de 1890



Núm. 138



❖ LOS NIÑOS DE ALGUNAS COLONIAS BRITÁNICAS ❖



AUSTRALIA: LLEVÁNDOSE A CASA LAS CULEBRAS

UN RATO DE CHARLA

Lo que no se les ocurre á nuestros apreciables vecinos de *tra-los-montes*, como dicen ellos (imitando á Paganel cuando aprendió el portugués equivocándolo con el castellano), no se le ocurre al mismísimo diablo.

Pues ¿no han tenido ahora la idea de enviar aquí á un tal *M. Delvaille* para que estudie los ejercicios físicos, los juegos y la higiene escolares?

¡Dios nos la depare buena con *M. Delvaille*! ¿No habría tiempo para enviarle un recadito al Sr. León y Castillo á ver si podía conseguir de *M. Bourgeois*, el ministro, que revocase la *mission* conferida á dicho apreciable caballero?

Porque ¡qué demontre le vamos á enseñar á ese señor! ¡Como no sea el folleto de D. Saturnino Calleja!

O bien se le podrá hacer presente que, á tenor de aquel legendario maestro del *¡Niños, esto no se hace!*, nuestros ejercicios físicos, nuestros juegos y nuestras higienes *no se hacen*.

Verdad es que siempre nos podría caber el consuelo de haber quién está peor. Verbigracia: en Lima.

Yo le tengo siempre mucha afición á aquella capital, á pesar de que un tío que se me murió allá hace poco, viudo y sin hijos, se permitió irse al otro mundo sin dejarme como recuerdo ni un tristísimo *sol*. ¡Todo un perulero!

Pero eso no le importa á nadie sino á mí, que he llorado desconsoladamente tamaña ingratitud *thiular*; y, volviendo á lo que decíamos, parece que en Lima, según la revista *La Instrucción*, están que pueden casi enviarnos. Es lo que le podremos decir á *M. Delvaille* si se admira demasiado de cómo tienen eso los ministros, los ayuntamientos y las juntas provinciales.

En cuanto á juegos, sin duda que quedará muy edificado al ver con qué uniformidad se da la preferencia al *sport* nacional, quiero decir á los toros. En esta parte lo mismo da una capital de primer orden que Villabrutanda (emplazada, según Mariano de Cavia, en el lugar de la antigua *Bestiópolis*): todos los chicos juegan al toro como un solo hombre. ¡Ay de mí! Yo, aunque indigno, soy hijo de una ciudad de este antiguo Principado de Cataluña, y en mi niñez jugábamos á *bólit*, á la *joca*, á *fet*, á *pilota*, al *ofici del pagés*, á *corretjeta ning ning*, á *rumamá*, á *rescat*, á *bitllas*, á *baldufa*, al *rotlet*, á *mossos y lladres*, á *refinall*, á *jepayna*, á la *china*, y, con rubor lo confieso, á pedradas con los *parrots* del Seminario Conciliar ó con los grandullones de la Escuela Pública; pero, según noticias, desde que se ha construido allí una plaza de toros, ya los chicos juegan tan solamente á cornúpetos.

Es probable, por lo tanto, que M. Delvaille escriba en su *Rapport*: «Los niños españoles —(traduzco)— juegan por lo general al toro, cuyo papel suele ser perfectamente desempeñado por el que le toca, desarrollándose con ello poderosamente los músculos del cogote y las facultades de la acometividad animal. Los que tienen á su cargo el personaje de caballo revelan admirables disposiciones para el acemilazgo, y los que imitan á los monos sabios (*singes savants*), parecen verdaderamente unos monos en vías de ser unos Salomones dentro del orden de los cuadrumanos.»



Trineos del Canada

Y queda la *higiene* por desollar; ciencia tan popular de nuestra patria que de cada tres personas *instruidas* hay dos que dicen *igenie*, y no añaden *Balaguer* por no hacerse cansados. ¡Oh, la *higiene* escolar! Si no fuera porque D. Cosme Sanguijuelas me dijo el otro día que estaba visitando á dos pobrecitos á quienes les había pegado no sé dónde, un condiscipulo, una enfermedad que en su insoportable pedanteria calificó de *porri-go scutulata*, ocasionada por el *achorion Schoenleinii* (¡el diablo se lo lleve!), yo creería que nada había que desear en tal materia. Desde los libros de texto á los pupitres, cuando los hay, y desde la capacidad relativa del local á las condiciones salubres del edificio todo, todo le parecerá á M. Delvaille... igual que en Francia, donde en cada pueblo hay un palacio, todo nuevecito, destinado á escuela.

Desengáñese M. Bourgeois: si quiere enviar alguna *mission scientifique* á España, procure que sea sobre la cria del ganado de puntas ó sobre los adelantos de la oratoria pasada de moda. Fuera de esto no le podremos servir de nada para que pueda tomar modelo para el próximo *Lendit*.

Siempre vuestro

ANTOÑITO



INSTITUCION DE LA FIESTA DE CORPUS

AUNQUE desde sus orígenes siempre celebró la Iglesia la institución de la Sagrada Eucaristía, fundada por el Señor la víspera de su redentora muerte el día de Jueves Santo; como la liturgia y ceremonias de la Semana Santa, por su solemne severidad, no permiten desplegar todo el esplendor debido, se acordó, además de la indicada, fundar una nueva fiesta, y al efecto se fundó la del *Corpus Christi*, que con tanta magnificencia celebra el mundo cristiano.

Fundóse y celebróse por primera vez la festividad del *Corpus* en la ciudad de Lieja, en Flandes, en 1246. Hé aquí su origen según la opinión de varios escritores católicos:

Existía en dicha ciudad una religiosa hospitalaria llamada la beata Juliana, la cual tuvo frecuentes revelaciones de que cada año debía celebrarse una fiesta especial para ensalzar con el debido esplendor la institución del Santísimo Sacramento aunque diariamente se hiciera mención de ella durante el sacrificio de la misa.

Sin embargo, esta piadosa mujer, ó por humildad ó por temor, no se atrevió á comunicar á nadie las revelaciones que la iluminaban, hasta que al fin, después de veinte años de temores y luchas espirituales, decidió exponer á algunos varones justos y de probada sabiduría lo que ya no era justo callar. Dada su excepcional virtud, todos convinieron en que Juliana era la elegida por Dios para inspirar á los hombres su deseo de que todos los años se celebrase de una manera pública y ostentosa la institución, base del Nuevo Testamento.

Consecuente á esta piadosa idea, Roberto, obispo que era entonces de aquella ciudad, mandó celebrar en aquel mismo año 1246 una solemne fiesta el jueves después de la octava de Pentecostés en obsequio al Santísimo Sacramento, solemnidad que luego fué propagándose por otros pueblos.

A pesar de lo expuesto, se cree que ya antes de esta época celebraban algunas iglesias una fiesta especial para solemnizar la institución de la Eucaristía. Por lo menos en la ciudad de Angers, en Francia, se celebró, como dice Bergier, desde el año 1040, para desagaviar al Señor de los agravios de Berengario, arcediano de su catedral y precursor de los herejes sacramentarios. Más adelante, habiendo ascendido al solio pontificio en 1261 el cardenal Jacobo Pantaleón, que había sido arcediano de la referida iglesia de Lieja y

que tomó el nombre de Urbano IV, publicó en 1262 la bula de la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento ó de *Corpus Christi*, pero sin hablar de ayuno en su vigilia ni de procesión.

El mismo papa encargó á Santo Tomás de Aquino que compusiese el sublime rezo de que se sirve la Iglesia durante la octava de su festividad.

Después del concilio general tenido en Viena el año 1311, durante el pontificado de Clemente V, al que asistieron los reyes de Aragón, de Francia y de Inglaterra, se confirmaron las bulas de Urbano IV y se ordenó la celebración de esta fiesta por toda la Iglesia católica.

Cinco años más adelante el papa Juan XXII añadió á la solemnidad del *Corpus* una octava y mandó que se llevara con toda pompa y en pública procesión al Señor Sacramentado, cuya ceremonia religiosa aumentó de esplendidez y magnificencia por parte de los católicos con motivo de los errores de los calvinistas.

Esta procesión se celebró de muy antiguo en España por la mañana, y sólo en la corona de Aragón se verifica por la tarde en virtud de concesión especial, habiendo sido Barcelona la primera ciudad que la solemnizó.

De un antiguo ceremonial que existe en el archivo de la Municipalidad de Madrid, resulta que esta función se practicaba en la corte de una manera splendidísima.

Muy lucidas eran, y son aun hoy asimismo, las procesiones del *Corpus* en Sevilla, Toledo, Valencia y Barcelona, cuya magnífica custodia de la catedral se lleva sobre un sillón de plata dorada, considerada como el antiguo trono de los reyes de Aragón, y sentado en el cual hizo su entrada triunfal en Barcelona el rey D. Juan II de Aragón el día 28 de octubre de 1473, después de haber derrotado á los franceses en Perpiñán. Dicho trono, así por sus tradiciones históricas como por la magnificencia de las joyas que lo adornan, resulta de un mérito y de un valor verdaderamente excepcional.

Preceden á las procesiones los *gigantes* y *trampas* (*timbaleros*), y antiguamente la *bribia*, la *mulassa*, el *león*, la *patum*, el *águila*, la *tarasca*, el *dragón* y otras figuras descomunales y monstruosas, para significar de esta suerte la omnipotencia del Señor, ante la cual se humilla y anonada todo lo más poderoso é indómito de la Naturaleza.



Niños del Canadá con patines

BENJAMÍN

¡EL LADRON!

(CUENTO PARA NIÑOS)

I



ese!... ¡A ese!... ¡Guardias!... ¡Serenos!... ¡Al ladrón!...—Así gritaba el inquilino del cuarto tercero de la calle de...

Eran las doce y media de la noche: la hora de salir de los teatros.

Multitud de personas repetían las voces del prójimo paciente, el cual, con la mitad del cuerpo fuera del balcón, los cabellos erizados, con un enorme sable de caballería en la diestra y un revólver en la zurda, y en menos de ropas menores, anhelaba el auxilio de la autoridad, haciendo vibrar, no ya sólo los cartilagos de la laringe, sino hasta poner en movimiento los últimos tendones de los pies.

El sereno tocó el pito... Los guardias corrían de un lado á otro... Los transeúntes gritaban...

A una señora que vivía sola en el cuarto bajo de la misma casa, le dió un ataque de *mieditis* que hubo necesidad de prestarle los auxilios, no ya del médico y boticario, sino de una pareja de orden público que logró tranquilizarla.

Se abrieron las puertas de la casa, el sereno y dos municipales subieron al cuarto, y otros dos guardias se situaron en la puerta con objeto de cortar la salida á los culpables.

Subieron los agentes de la autoridad, penetraron en el cuarto é hicieron varias preguntas al que demandaba su auxilio, á las que contestaba siempre el aturdido vecino:

—En... en... allí... sí... allí... adentro... ruido... han caído botellas... el gato ha mayado...

—Tranquilícese V., señor,—dijo el sereno;—yo quedaré con V., y éstos irán á prender al malhechor.

En este momento despertó la consorte del paciente, y al ver á su marido en vestidos tales y á su lado el sereno, puso el grito más arriba del cielo exclamando:

—¡Por Dios que es inocente!... No me ha pegado, no... Ha sido que yo...

—Calla, mujer,—murmuró el esposo.

La señora, sin reparar en la presencia del sereno, saltó de la cama, y, cogiendo á su marido por un brazo, *velis nolis* lo metió en el lecho con sable y revólver.

Los chiquitines, extrañando sin duda los ruidos trasnochados, con *desacordes* nada armoniosos completaban el horrible desconcierto que en la casa había.

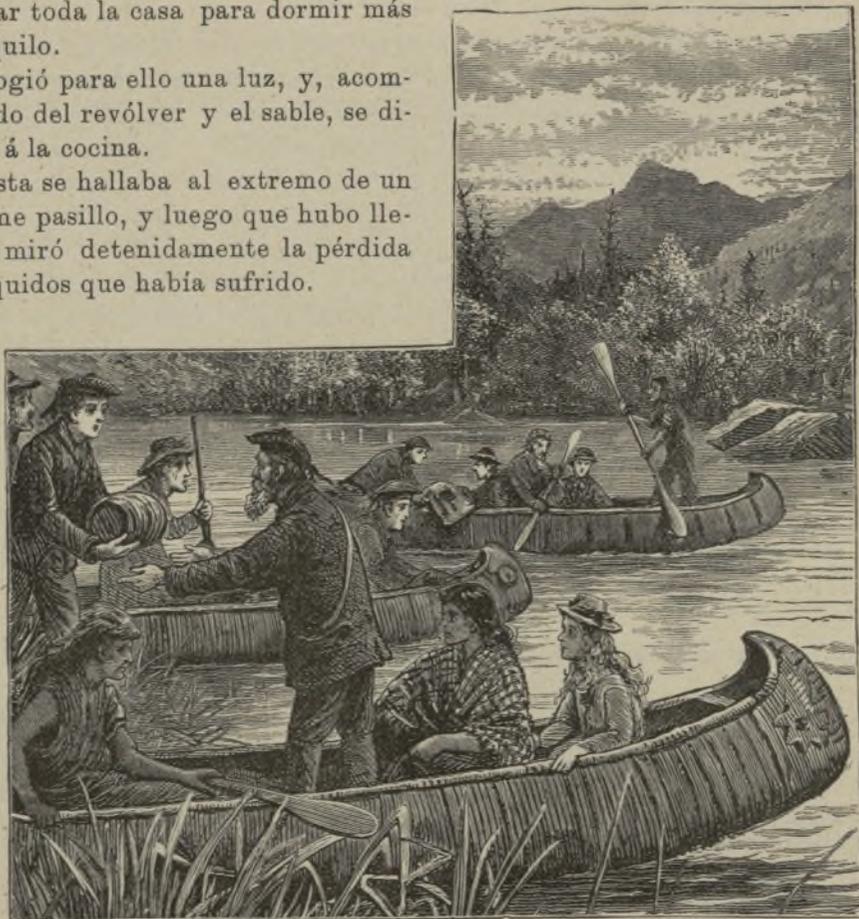
Los guardias encargados del registro hallaron en la cocina treinta ó cuarenta botellas hechas mil pedazos y el contenido inundando la estancia.

El autor del hecho *no fué habido*.

En vista de esto las autoridades se alejaron, y nuestro héroe, algo repuesto de tan enorme susto, trató de registrar toda la casa para dormir más tranquilo.

Cogió para ello una luz, y, acompañado del revólver y el sable, se dirigió á la cocina.

Esta se hallaba al extremo de un enorme pasillo, y luego que hubo llegado miró detenidamente la pérdida de líquidos que había sufrido.



Una excursión en canoas en el Canadá

Mas por qué casualidad se le antojó mirar debajo de todos los utensilios de cocina y...

—¡Cátate aquí,—dijo,—al perturbador de mi tranquilidad!

¿Quién creeréis vosotros que era?

Debajo del pie de una de las tinajas, y con las orejas caídas, el hocico saliente, rabo enroscado y dirigido hacia arriba, y unos ojos pugnando por salir de sus órbitas, se hallaba un enorme gato, que al ser visto por su dueño se hizo una pelota, y, por más que le tocaba con el pie para que saliera, no se

daba por aludido y sólo respondía al llamamiento con maullidos graves y prolongados.

Nuestro vecino tuvo la idea de pincharle con el sable, y ante tales argumentos salió el minino como alma que lleva el diablo; pero, no encontrando por dónde escaparse, se arrojaba por las paredes, y más de una vez clavó sus afiladas uñas en las pantorrillas de su amo.

Viendo éste el peligro que corría porque estaba expuesto á que le sacara un ojo de un arañazo, blandió el sable con fuerza y tino, asestándole tan tremenda cuchillada que dejó al infortunado gato exánime.

Satisfecho de su hazaña se retiró á dormir...

II

Al día siguiente los niños levantaron el cadáver, y, después de verter uno de ellos (que era amigo íntimo del gato) abundantes lágrimas, le metieron en una caja... de cartón y le dieron sepultura en la espuerta destinada á sacar lo menos limpio que hay en las casas.

En el sitio donde exhaló su último suspiro el malogrado *morro* y supuesto ladrón, pintaron con tinta una cruz dedicada á su memoria.

El tiempo, que todo lo borra borrará, también aquella cruz y el recuerdo del *horrible drama* que os acabo de referir.

J. M. BONILLA FRANCO



❧ NUESTROS GRABADOS ❧

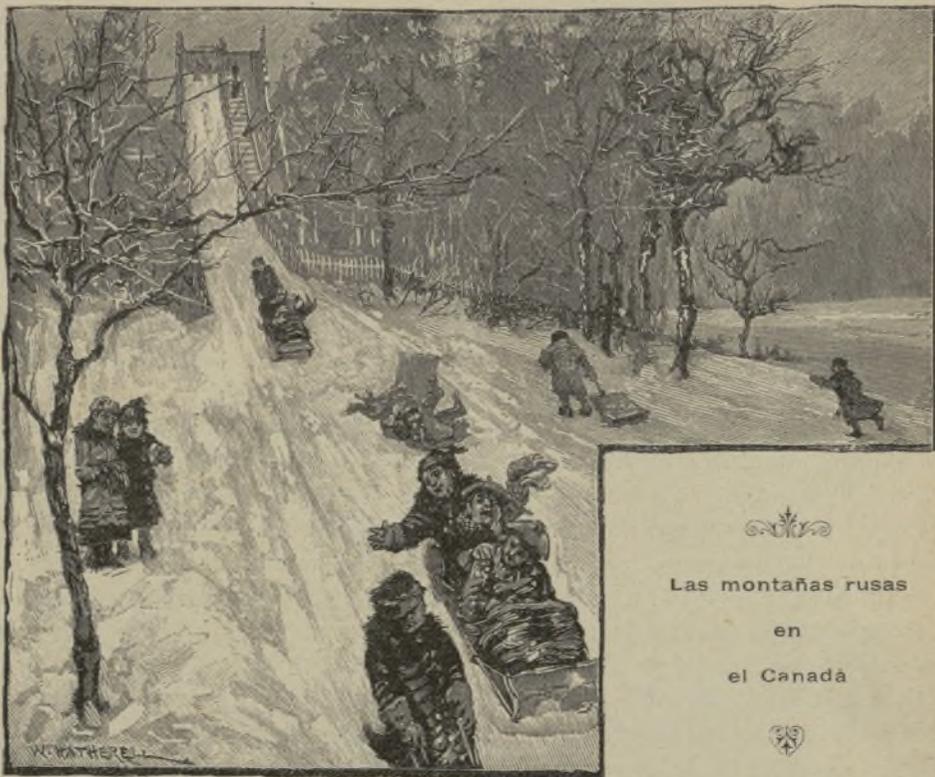
LOS NIÑOS DE ALGUNAS COLONIAS BRITÁNICAS

L decir algo sobre los niños canadienses de ambos sexos, hablaré más bien de los del campo que de los de la ciudad, porque en esta última el género de vida se parece más al de Inglaterra, y lo que deseamos presentar aquí son contrastes, no semejanzas.

La vida de un niño ó niña en los bosques del Canadá, es por algunos conceptos más dura que la de la mayoría de los niños ingleses, pero tiene sus ventajas.

Cuando una familia se establece por primera vez en los bosques, sus individuos se han de contentar al principio con una vivienda muy tosca, compuesta de troncos, y en cuya construcción toma parte toda la familia. Los espacios que siempre quedan entre los troncos destinados á formar la pared,

se rellenan con cieno y musgo. Las habitaciones están provistas de grandes chimeneas, y el hogar es bastante espacioso para encender grandes fuegos. Cerca de la puerta de entrada hay generalmente un pozo, con una polea en la parte superior para pasar la cuerda que ha de subir y bajar los cubos. La parte superior de la casa destínase para almacenar el heno y diversos cerea-



Las montañas rusas
en
el Canadá

les. No falta nunca una colmena detrás de la casa, y una de las principales dependencias de ésta es la lechería, donde se fabrica también el queso.

Las casas escuelas en los distritos lejanos del país son á menudo viviendas construídas tambien con troncos, y á ellas acuden los niños de ambos sexos. Durante el invierno canadiense la nieve cubre el suelo á veces por espacio de varias semanas, y entonces los chicos van á la escuela en trineos si viven á larga distancia. Esto es bastante agradable, porque se disfruta verdaderamente en estas pequeñas excursiones (véase el grabado) á través de un bosque del Canadá en un brillante día de invierno. Aunque frío, el aire suele ser tan sereno que no molesta. Los niños van bien abrigados con pieles de búfalo, y los caballos se deslizan rápidamente sobre la nieve endurecida. El sonido de sus campanillas es á veces lo único que interrumpe el silencio del bosque. Hay casos en que, al pasar el trineo por ciertos sitios, cae sobre los pasajeros

una nube de nieve, pero tan ligera y seca que no produce humedad. Las excursiones en trineo en las noches de luna constituyen un pasatiempo favorito para los canadienses, así jóvenes como ancianos, porque son más pintorescas que durante el día, y el paisaje que pueden contemplar, bajo un techo tachonado de estrellas que brillan como diamantes, es verdaderamente magnífico.

Durante el verano los niños del campo tienen muchos pasatiempos. En los bosques hay frutas silvestres de muchas variedades, como fresas, grosellas negras y rojas, frambuesas, y lo que llaman *uvas de gato*. Todas estas especies se crían en mucha abundancia en los bosques y terrenos pantanosos, y hasta á orillas del camino. Los chicos recogen grandes cantidades en cestas, y vuelven á sus casas cargados de botín. Algunos de estos frutos son muy sabrosos, y con todos se hacen excelentes confituras.

Las excursiones en canoa son muy frecuentes. Cuando se necesitan algunas de estas embarcaciones, préfiérense las que se construyen con corteza de árbol (véase el grabado), aunque es necesario remar muy cuidadosamente, lo cual no se consigue del todo bien hasta que se adquiere alguna práctica; pero los canadienses, así como los indios, manejan las canoas con mucha destreza, y hasta pueden saltar la catarata de un río.

Los hijos de los colonos que habitan en los bosques tienen á veces aventuras que no dejan de ser curiosas. Se da como cierta la siguiente patética historia. Un joven estaba cazando cierto día en un bosque, cuando de pronto oyó junto á un matorral un roce entre las hojas. Creyendo que sería un oso ó cualquier otro animal salvaje, acercó el dedo al gatillo de una carabina, y aproximóse cautelosamente. Muy pronto vió una pequeña mano bronceada que cogía una ramita llena de grosellas, y con gran sorpresa suya vió aparecer después las formas de una joven.

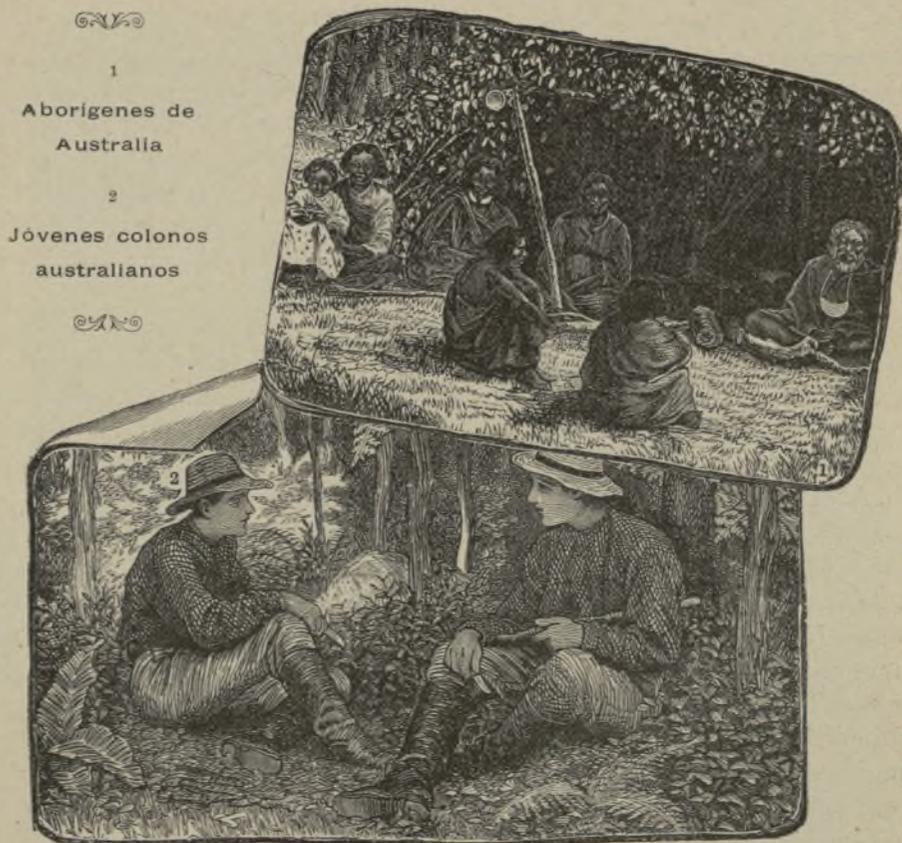
Era más bien una niña, y sus facciones revelaban el terror. Tenía el cutis bronceado, la ropa desgarrada, llena de manchas del jugo de la fruta, y su cabello ocultaba en parte sus brillantes ojos. Al principio fué tal su timidez que no osaba acercarse al cazador, pero éste la reanimó con dulces palabras, y aproximóse al fin.

Manifestó que se había extraviado en los bosques cuando llevaba la comida á su padre. Ignoraba cuánto tiempo había estado perdida en el bosque, pero en su opinión hacía ya seis ó siete días que vagaba errante por aquellos sitios. La comida de su padre habíale servido para mantenerse dos días, y después habíase alimentado solamente con las frutas del bosque. El agua no le faltó nunca, y por la noche dormía refugiándose junto á un tronco caído.

Cierta noche despertóla un ruido extraño, y vió cerca de ella dos animales negros, que á la luz de la luna parecían de grandes dimensiones. En su confusa sensación, al despertar de pronto, parecíale que eran las vacas de su padre y comenzó á llamarlas por su nombre; pero no oyó el sonido de las campanillas, porque aquellos animales eran osos. No se podría decir si fué la novedad del caso ó qué otra causa lo que asombró las á fieras; pero el caso es

que, en vez de molestar á la niña, miráronla silenciosamente durante algunos minutos, apoyándose en sus patas posteriores, y después alejáronse poco á poco.

El joven cazador se cargó á la niña en hombros porque apenas podía andar, y condújola á la granja más próxima, á cuyo dueño conocía. Casualmen-



te éste era amigo de los padres de la niña, y pronto volvió á entrar en su casa.

Sabido es que los canadienses son los más diestros patinadores que se conocen; y cuando en alguna ciudad hay competencias en este ejercicio, es casi seguro que el vencedor, hombre ó mujer, es natural del Canadá. En las grandes ciudades, Quebec, Toronto y otras, celébranse algunas fiestas solamente para que los jóvenes luzcan su habilidad. Allí acuden los patinadores con sus familias y amigos. El lugar designado se ilumina con farolillos de colores, y una orquesta toca piezas escogidas durante los ejercicios.

Otro pasatiempo de los chicos canadienses consiste en correr los trineos por una pendiente (véase el grabado). Para esto elígese uno pequeño, se co-

loca en la parte superior de aquélla, comunicasele impulso, y llega rápidamente al fondo. Los que ocupan el vehículo se sientan uno detrás de otro, colocándose delante la señora, si ha de ir alguna, y á la espalda un hombre ó un chico, que deben dirigir el trineo, lo cual requiere no poca habilidad para evitar un vuelco. El marqués de Lorne y la princesa Luisa eran muy aficionados á este ejercicio durante su residencia en el Canadá, ejercicio que impresionaba y verdaderamente fascina.

Respecto á la vida escolar de los niños australianos, naturalmente ha de asemejarse á la de los ingleses, y lo mismo podemos decir de todas las colonias que éstos tienen. En Australia las horas de escuela son poco más ó menos las mismas que en Inglaterra, pero se dividen de otro modo: déjase más largo intervalo al mediodía, á veces tanto como dos horas, y después continúan las lecciones por la tarde; arreglo conveniente, porque desde las doce á las dos hace mucho calor; dejándose además el tiempo suficiente para que los niños coman.

En las grandes ciudades de Australia hay escuelas excelentes de todas clases. Las colonias tenían un sistema de centros de enseñanza pública aun antes que Inglaterra hubiera puesto por obra su plan de educación nacional. El curso de los estudios es, por supuesto, muy semejante al de las escuelas inglesas.

En Australia no son comunes los tutores y ayas, por lo menos en las ciudades, pues muchos niños de ambos sexos están á pupilaje. Las escuelas suelen ser edificios grandes y cómodos, con habitaciones bien ventiladas, lo cual es una necesidad en un clima cálido y en los sitios donde se reúnen muchas personas. Los parajes destinados para el juego suelen ser también espaciosos. Siempre recordaré el lugar destinado para recreo perteneciente á la escuela á que asistí varios años. Tenía magníficos árboles, tal vez una docena, que comunicaban densa sombra al sitio, refrescándole mucho; de modo que no solamente era aquello agradable para jugar, sino para entregarse al descanso ó aprender las lecciones. Si hubiéramos sido muchachos de más edad, podríamos haber recordado cómo en los antiguos tiempos de Grecia los filósofos y los maestros públicos acostumbraban enseñar en los jardines y bosques.

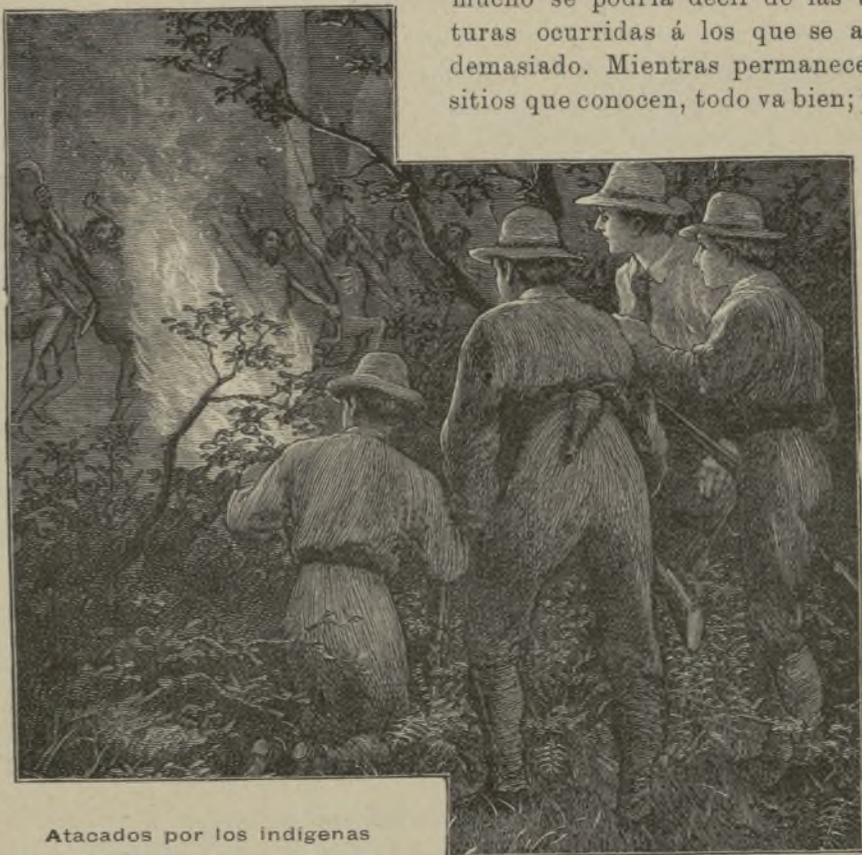
Los niños de otros países no podrían formar idea de lo difícil que es á menudo fijar la atención en las lecciones cuando el termómetro señala 85° á la sombra. Leer determinadamente los escritos de César y Tito Livio es casi imposible cuando el calor hace sudar copiosamente.

En las estaciones, ó, mejor dicho, en las grandes granjas de los puntos lejanos, es más común hallar tutores é institutrices. Allí se dan las lecciones durante la mañana, destinándose la tarde á pasar por el bosque y á otros entretenimientos, en los que toman parte maestros y escolares. Los niños llegan á ser pronto expertos jinetes y á dirigir bien los caballitos que montan.

Esto es muy necesario, porque más tarde, cuando se trata de asistir á una cacería, los caminos son tan malos, y á veces se hallan tales obstáculos por

las piedras y troncos caídos, que si el jinete no es hábil puede caer con mucha facilidad.

También aprenden pronto los chicos á cazar, y por cierto que no faltan allí animales de diversas especies, como son el kanguró, el oposum, patos salvajes, loros y otras aves de muy distintas especies. Los chicos van á los bosques á estudiar historia natural, y mucho se podría decir de las aventuras ocurridas á los que se alejan demasiado. Mientras permanecen en sitios que conocen, todo va bien; pero,



Atacados por los indígenas

de lo contrario, pueden extraviarse, y esto es muy peligroso, porque se hace casi imposible encontrarlos. Se debe temer á los indígenas, pues son capaces de atacar una estación si alguno de sus amigos ha sido maltratado. Cuando sucede esto, á los que la ocupan les es necesario defenderse, debiéndose advertir que ni aun las armas de fuego bastan siempre para rechazar á los agresores. En el grabado siguiente representase á cuatro jóvenes que, después de haberse incendiado su vivienda, defendiéronse valerosamente contra varios salvajes. Uno de los matorrales inmediatos á la cabaña ardió; pero el viento llevó las llamas hacia los indígenas, y éstos hubieron de retirarse, lo cual dió tiempo á que los jóvenes recibieran auxilio. El *bumerang*, pedazo de madera

encorvada y plana, es en manos del indígena un arma peligrosa; arma arrojada que cuando se lanza describe casi un círculo, toca al objeto á quien se dirige, y vuelve á manos de la persona que la despide.

Los muchachos adquieren pronto mucha confianza en sí mismos é independencia, lo cual no deja de serles á menudo ventajoso, como se comprenderá por el incidente que voy á citar.

Dos muchachos, á quienes llamaremos Guillermo y Santiago, salieron cierta mañana de una estación en compañía de un antiguo criado de su padre, y, marchando alegremente por el bosque, recorrieron varias millas. De repente, al bajar por una escabrosa pendiente, el caballo del criado tropezó é hizo caer á su jinete. Los chicos desmontaron al punto, y vieron que el pobre hombre, llamado Joé, se había lesionado de tal modo que no podía moverse ni apenas hablar.

(Se concluirá)



LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

—¿Lo has encontrado?—repuso el mozo.—Cuidado con el caballo. ¿Has acabado? ¿Qué estás haciendo? Despacha pronto: oigo ruido.

Y se ocultó detrás de la puerta.

—Busco un escudo y no lo encuentro,—dijo Lorenzo al cabo de un instante.

—Bueno: llévatelo todo.

Lorenzo se apoderó, en efecto, del tiesto de flores de Juan y todo el dinero que contenía.

Pasada la nube, iluminó la luna á los dos malhechores.

—¿Sin duda no querrás quedarte aquí?—dijo el mozo tomando el tiesto de las manos trémulas de Lorenzo.

—¡Dios santo!—exclamó éste.—¿Os lo lleváis todo? Me dijisteis, sin embargo, que sólo necesitabais media corona.

—¡Cállate, imbécil!—respondió el mozo.—Si el diablo ha de llevarme que sea en coche.

La sangre de Lorenzo se heló en sus venas. Parecióle que sus cabellos se erizaban sobre su cabeza y que sus piernas no podían sostenerle. Arrastróse sobre las huellas de su cómplice. No pudo encontrar, sin embargo, en toda la noche un solo instante de reposo, atormentado por el horror de su crimen y por espantosos remordimientos. La noche fué para él más larga que de ordinario; y cuando al llegar el día se oyó cantar los pájaros y esparcirse la

alegría por toda la Naturaleza, encontróse bien despreciable. Era un domingo por la mañana. Las campanas llamaban á los fieles á la casa del Señor, y todos los niños del pueblo, vestidos con sus trajes de fiesta, inocentes y gozosos, y Juan más alegre que ninguno, apretábanse en la puerta de la iglesia.

—Hombre, Lorenzo: ¿tienes algo?—preguntóle Juan viéndole en la puerta de la casa de su padre. Estás pálido.



Cabo de Buena Esperanza: Quitando el yugo de los buéyes

—¿Yo?—replicó Lorenzo temblando.—¿Por qué dices que estoy pálido?

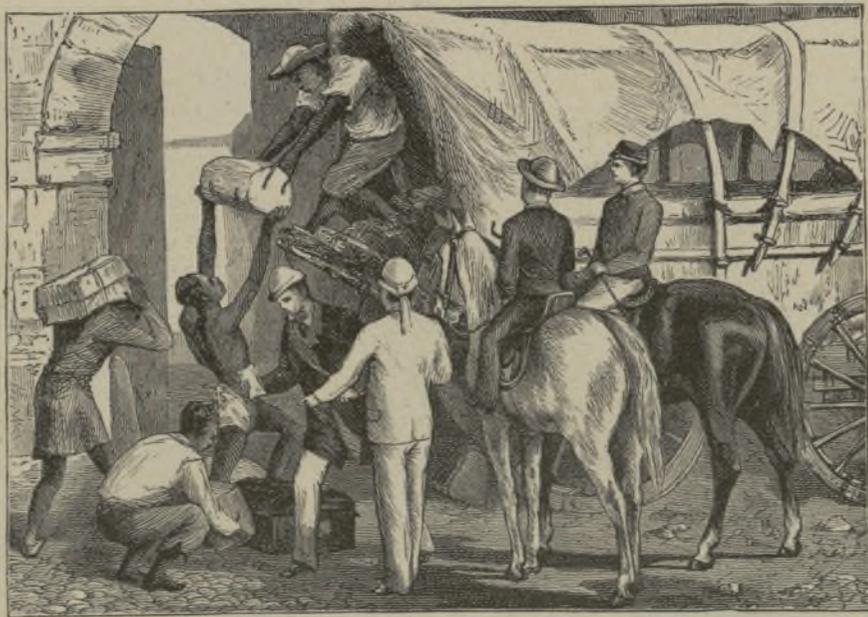
—Diré que estás muy blanco si así lo prefieres, porque estás tan pálido como la muerte.

—¡Pálido!—replicó Lorenzo sin saber lo que se decía. Volvióse vivamente para evitar todas las miradas: su conciencia se reflejaba en su rostro y leíase la falta entre los ojos. Por un instante le dieron ganas de arrojarse á los pies de Juan y confesarle su crimen: temía el instante en que sería descubierto el robo; pero fuese vergüenza, fuese otro cualquier sentimiento, rechazó aquel pensamiento de su corazón y se dirigió maquinalmente al establo. Trató todo el día con su cómplice de tranquilizar su espíritu y distraerse de

sus remordimientos con una charla incesante sobre la riña de gallos que debía verificarse el día siguiente.

Durante aquel tiempo, Juan, de vuelta de misa, se ocupó en los preparativos para la recepción de su ama, recepción de que había enterado á su madre. La Sra. Preston ocupábase en su cocina y su salón mientras Juan cogía fresas.

—¡Qué contento estás hoy!—decía la madre en el momento en que Juan



Carga de un carro en Cape-Town

traía las fresas y bailaba en el salón.—Sin embargo, mañana es el día de la feria en que Pie Ligerito debe ser vendido. He rogado al colono Truck que venga esta noche. Pienso que no faltará y deseo que estés allí, Juan.

—Yo estaré allí,—respondió el niño, que á duras penas podía guardar el secreto y hacía rodar el sombrero entre sus manos.

En esto pasó un coche por debajo de la ventana y se detuvo ante la puerta. Juan se apresuró á abrir, y su ama entró al punto haciendo muchos cumplidos á la Sra. Preston sobre la limpieza de su casa.

Llamaron de nuevo á la puerta.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Áneca de San Bernardo, 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA